

PETER F. DRUCKER

LA SOCIEDAD  
POSCAPITALISTA

EDITORIAL SUDAMERICANA  
[www.megustaleer.com.ar](http://www.megustaleer.com.ar)

PETER F. DRUCKER

**LA SOCIEDAD POSCAPITALISTA**

Traducción de: MARÍA ISABEL MERINO SÁNCHEZ

Sudamericana

## AGRADECIMIENTOS

Este libro debe mucho a mi viejo amigo y editor Cass Canfield Jr., que sufrió con paciencia incontables propuestas y proyectos y me animó en cada paso, leyó cuidadosamente mis manuscritos y me hizo sugerencias y críticas muy útiles. También debo dar las gracias a otra antigua amiga, Marion Buhagiar, que leyó y revisó el primer borrador completo del libro y fue de gran ayuda en su revisión y edición. El biógrafo de Frederick Winslow Taylor, profesor Ronald Greenwood, de GMI —General Motors Engineering and Management Institute (Instituto de Ingeniería y Gestión de la General Motors)—, en Flint, Michigan, leyó críticamente mis comentarios sobre Taylor y la dirección científica (capítulo 1). La última sección del capítulo 6 está en deuda con el difunto Robert Greenleaf (especialmente con su pequeño y sagaz libro *Servant Leadership* (Paulist Press, 1977), con *Leadership as an Art*, de Max de Pree (Doubleday, 1990) y con un buen número de discusiones con estos dos amigos y con el doctor David Allan Hubbard, presidente del *Fuller Theological Seminary*, de Pasadena, California. Mi ayudante Holly Hauck se enfrentó con valentía a lo largo de un año a las extravagancias de mi escritura. A todos ellos mis más efusivas gracias.

## INTRODUCCIÓN

### *La transformación*

Cada pocos siglos en la historia de Occidente se produce una súbita transformación. Se cruza lo que en un libro anterior (*The New Realities*, 1989) llamé una "divisoria". En el espacio de unas cuantas décadas, la sociedad se reestructura a sí misma; cambia su visión del mundo, sus valores básicos, su estructura política y social, sus artes y sus instituciones clave. Cincuenta años más tarde hay un nuevo mundo y quienes nacen entonces no pueden siquiera imaginar el mundo en el que vivieron sus abuelos y en el que nacieron sus padres. En estos momentos estamos viviendo una transformación así. Se está creando la sociedad poscapitalista. Éste es el tema del presente libro.

En el siglo XIII, cuando el mundo europeo, casi de la noche a la mañana, hizo de la nueva ciudad su centro, se produjo una de estas transformaciones con el surgimiento de los gremios como nuevos grupos sociales dominantes, con el renacer del comercio entre grandes distancias, con el Gótico, esa nueva arquitectura eminentemente urbana, es más, casi exclusivamente burguesa, con la nueva pintura creada en Siena; con la vuelta a Aristóteles como fuente primigenia de sabiduría; con las universidades urbanas sustituyendo, como centros de cultura, a los monasterios en su aislamiento rural, con las nuevas órdenes urbanas, los dominicos y los franciscanos, surgiendo como portadores de religión, saber y espiritualidad y, al cabo de unas pocas décadas, con el paso del latín a las lenguas vernáculas y con la creación, por parte del Dante, de la literatura europea.

Dos siglos más tarde, durante los sesenta años que transcurrieron desde que en 1455 Gutenberg inventara la prensa de tipo móvil y con ella el libro impreso, hasta que en 1517 surgiera Lutero con su Reforma Protestante, tuvo lugar una nueva transformación. Fueron las décadas en que floreció el Renacimiento, que alcanzaría su máximo esplendor entre 1470 y 1500 en Florencia y Venecia, en que se redescubrió la antigüedad, en que Europa descubrió América, en que se creó la infantería española, primer ejército permanente desde las legiones romanas, en que se redescubrió la anatomía y con ella la investigación científica, y en que se adoptó la numeración arábiga de forma general en Occidente. Y, también entonces, nadie en 1520 era capaz de imaginar cómo había sido el mundo en que vivieron sus abuelos y en el que nacieron sus padres.

La siguiente transformación se inició en 1776, año de la Revolución Americana, de la máquina de vapor perfeccionada de Watt y de *Wealth of Nations* de Adam Smith. Este período concluyó cuarenta años más tarde, en Waterloo, y en esos cuarenta años nacieron todos los "ismos": capitalismo, comunismo y también la Revolución Industrial se iniciaron durante esas décadas. Esos años vieron, asimismo, la creación de la universidad moderna (Berlín, 1809) y también de la escolaridad universal; esas cuatro décadas trajeron la emancipación de los judíos: en 1815 los Rothschild se habían convertido en el gran poder que eclipsaba a reyes y príncipes; esos cuarenta años produjeron, de hecho, una nueva civilización europea. De nuevo, nadie en 1820 podía imaginar cómo era el mundo en que vivieron sus abuelos y en el que nacieron sus padres.

Nuestro tiempo, doscientos años más tarde, es otra vez un período de transformación; pero esta vez no se limita a la sociedad y a la historia occidentales. Es más, uno de los cambios fundamentales es que ya no existe una historia "occidental" o, de hecho, una civilización "occidental"; sólo hay historia mundial y civilización mundial,

aunque ambas estén "occidentalizadas". Es discutible si la actual transformación se inició con el advenimiento, alrededor de 1960, del primer país no occidental, Japón, como gran potencia económica, o con el ordenador, esto es, con el dominio de la información. Yo, personalmente, escogería la *GI Bill of Rights (Declaración de los Derechos del Soldado)* de Estados Unidos que, al término de la Segunda Guerra Mundial, concedía a todos los soldados estadounidenses que regresaban el dinero para asistir a la universidad, algo que no habría tenido ningún sentido sólo treinta años antes, esto es, al final de la Primera Guerra Mundial. Esta ley, y la entusiasta respuesta que recibió por parte de los veteranos, marcó el giro hacia la sociedad del saber; es muy posible que los historiadores futuros la consideren el hecho más importante del siglo xx.

Todavía estamos claramente en medio de esta transformación; si nos dejamos guiar por la historia, no se completará hasta el 2010 o el 2020, pero el paisaje político, económico, social y moral del mundo ha cambiado ya. Nadie nacido en 1990 sería capaz de imaginar el mundo en el que crecieron sus abuelos (esto es, mi generación) o el mundo en el que nacieron sus padres. El primer intento acertado por entender la transformación que convirtió la Edad Media y el Renacimiento en el mundo moderno, transformación que empezó en 1455, ni se produjo siquiera hasta después de cincuenta años, cuando Copérnico escribió los *Comentarios*, entre 1510 y 1514, y Maquiavelo *El Príncipe*, en 1513, cuando Miguel Ángel sintetizó y superó todo el arte del Renacimiento en la Capilla Sixtina, pintada entre 1510 y 1512, y cuando la Iglesia Católica fue restaurada en el Concilio de Trento, en los años treinta del siglo xvi.

La siguiente transformación, que se produjo hace doscientos años y cuyo heraldo fue la Revolución Americana, fue comprendida y analizada por primera vez sesenta años más tarde, en los dos volúmenes de *La democracia en América*, de Alexis de Tocqueville, publicados respectivamente en 1835 y 1840.

Hemos avanzado ya lo suficiente en la nueva sociedad poscapitalista como para revisar y reflexionar sobre la historia social, econó-

mica y política de la era del capitalismo y del Estado-nación. Por lo tanto, este libro mirará de nuevo el período que estamos dejando atrás; y algunas de las cosas que analice desde su nueva posición ventajosa pueden resultar sorprendentes (lo fueron para mí).

No obstante, es aún arriesgado predecir cómo será el mundo poscapitalista mismo. Creo que podemos descubrir ya con cierto grado de probabilidad qué nuevas preguntas surgirán y dónde residirán los nuevos grandes problemas; en muchas áreas podemos también describir lo que *no* funcionará. Las “respuestas” a la mayoría de las preguntas siguen estando escondidas en gran parte en el seno del futuro; lo único de lo que podemos estar seguros es de que el mundo que surja del presente reordenamiento de valores, creencias, estructuras sociales y económicas, sistemas e ideas políticas, será diferente de cualquier cosa que nadie imagine hoy. No obstante, en algunas áreas —especialmente en la sociedad y su estructura— ya se han producido cambios esenciales; es prácticamente seguro que la nueva sociedad será a la vez no-socialista y poscapitalista y es también seguro que su recurso primario será el saber. Esto significa también que tendrá que ser una sociedad de organizaciones. No es menos seguro, además, que en política ya hemos pasado de los cuatrocientos años del Estado-nación soberano a un pluralismo en el cual aquél será una parte en lugar de la única unidad de integración política; será uno de los componentes, aunque todavía un componente clave en lo que yo llamo “organización política poscapitalista”, un sistema en el que competirán y coexistirán las estructuras transnacionales y regionales del Estado-nación, además de las locales e inclusive tribales.

Estas cosas ya han sucedido y pueden, por lo tanto, describirse. Hacerlo es el *propósito* de este libro.

*Sociedad poscapitalista y organización política poscapitalista*

Hace sólo unas pocas décadas todo el mundo “sabía” que una sociedad poscapitalista sería, de hecho, una sociedad marxista. Ahora todos sabemos que algo que la nueva sociedad no va a ser es marxista; pero la mayoría también sabe —o por lo menos intuye— que los países desarrollados están abandonando cualquier cosa que pudiera llamarse capitalismo. El mercado seguirá siendo a buen seguro el integrador efectivo de la actividad económica; pero en tanto que *sociedad* los países desarrollados se han desplazado ya al poscapitalismo. Rápidamente se está llegando a una sociedad de “nuevas clases” con un nuevo recurso principal como núcleo. La sociedad capitalista estaba dominada por dos clases sociales: los capitalistas, que poseían y controlaban los medios de producción, y los obreros, los “proletarios” de Karl Marx (1818-1883), alienados, explotados y dependientes. Primero los proletarios se convirtieron en la clase media “acomodada” como resultado de la “revolución de la productividad”, revolución que se inició justo en el momento de la muerte de Marx en 1883 y alcanzó su punto culminante en todos los países desarrollados poco después de la Segunda Guerra Mundial. Hacia 1950 el obrero industrial, ya no un “proletario” pero todavía “clase obrera”, parecía dominar la política y la sociedad en todos los países desarrollados. Pero entonces, con el comienzo de la “revolución empresarial”, los obreros de fábrica empezaron a disminuir rápidamente, tanto en número como en poder y posición social. Hacia el año 2000 no habrá ningún país desarrollado en el que los obreros tradicionales, los que fabrican y trasladan mercancías, representen más de una sexta o una octava parte de la fuerza laboral.

El capitalista probablemente alcanzó su apogeo inclusive antes, con el cambio de siglo, y con certeza no después de la Primera Guerra Mundial. Desde entonces nadie ha igualado en poder y notoriedad a los Morgan, Rockefeller, Carnegie o Ford en Estados Unidos; Siemens, Thyssen, Rathenau o Krupp en Alemania; Mond, Cunard, Lever, Vickers o Armstrong en Inglaterra; a Wendel y Schneider en Francia o a las familias propietarias del gran *zaibatsu* de Japón, Mitsubishi, Mitsui y Sumitomo. Hacia la Segunda Guerra Mun-

dial todos ellos habían sido sustituidos por “directores profesionales”<sup>1</sup>, el primer resultado de la revolución empresarial. Por supuesto, todavía hay muchísimos ricos y siguen apareciendo de forma destacada en las páginas de sociedad de la prensa, pero se han convertido en “celebridades”; en lo económico casi han dejado de importar. Inclusive en la página de negocios, toda la atención va a los “contratados”, esto es a los directores, y cuando se habla de dinero, se trata de los “excesivos salarios” y compensaciones de esos contratados que poseen, ellos mismos, poco o nada.

En lugar del capitalista de la vieja escuela, en los países desarrollados son los fondos de pensiones los que, de forma creciente, controlan la provisión y asignación del dinero. En Estados Unidos, en 1992, estos fondos reunían la mitad del capital en acciones de las empresas de mayor tamaño del país y controlaban casi el mismo porcentaje de la deuda fija de esas mismas empresas. Los propietarios beneficiarios de los fondos de pensiones son, por supuesto, los empleados del país. Si el socialismo se define, como lo hizo Marx, como la propiedad de los medios de producción por parte de los trabajadores, entonces Estados Unidos se ha convertido en el país más “socialista” que existe, al tiempo que sigue siendo también el más “capitalista”. Los fondos de pensiones son gestionados por una nueva raza de capitalistas, los anónimos y desconocidos empleados asalariados, los analistas de inversiones de fondos de pensiones y los directores de cartera.

Pero hay algo igualmente importante: el recurso real que controla todo, el “factor de producción” absolutamente decisivo, ha dejado de ser el capital, o el suelo o la mano de obra; ahora es el saber. En lugar de capitalistas y proletarios, las clases de la sociedad poscapitalista son los trabajadores del saber y los trabajadores de los servicios.

*El giro hacia la sociedad del saber*

El traslado a la sociedad poscapitalista empezó poco después de la Segunda Guerra Mundial. Yo empecé a escribir sobre la "sociedad de los empleados" inclusive antes de 1950<sup>2</sup>. Diez años después, hacia 1960, acuñé los términos "trabajo del saber" y "trabajador del saber", y en 1969 mi libro *The Age of Discontinuity* trataba por vez primera de la "sociedad de las organizaciones". Este libro se basa, pues, en el trabajo realizado a lo largo de más de cuarenta años, y la mayoría de sus recomendaciones sobre política y acción han sido puestas a prueba con éxito.

No obstante, fue sólo con el hundimiento del marxismo como ideología y del comunismo como sistema<sup>3</sup> cuando estuvo totalmente claro que ya nos habíamos mudado a una sociedad nueva y diferente. Sólo entonces fue posible escribir un libro como éste; un libro que no es predictivo sino descriptivo, un libro que no es *futurista* sino que llama a la acción sobre el aquí y ahora. La bancarrota moral, política y económica del marxismo y el hundimiento de los regímenes comunistas no fue "El final de la historia" (como proclamaba un ampliamente divulgado artículo en 1989).<sup>4</sup> Inclusive los más firmes partidarios del mercado libre vacilan en saludar el triunfo de éste como un segundo advenimiento. No obstante, los acontecimientos de 1989 y 1990 fueron más que el final de una era; significaron el final de *un tipo de historia*. El colapso del marxismo y el comunismo puso fin a doscientos cincuenta años dominados por una religión secular, a la que yo he llamado<sup>5</sup> *la fe en la salvación por la sociedad*. El primer profeta de esta religión secular fue Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) y la utopía marxista fue su destilación final y su apoteosis. Sin embargo, las mismas fuerzas que destruyeron el marxismo como ideología y el comunismo como sistema social son las que están llevando el capitalismo a la obsolescencia. Durante doscientos cincuenta años, a partir de mediados del siglo XVII, el capitalismo ha sido la realidad social dominante, y durante los últimos cien años el marxismo ha sido la ideología social dominante; ambos están siendo rápidamente sustituidos por una sociedad nueva y muy diferente.

La nueva sociedad, que ya está aquí, es una sociedad poscapitalista. Con certeza, digámoslo de nuevo, utilizará el mercado libre como único mecanismo de integración económica comprobado; no será una "sociedad anticapitalista", ni siquiera será una "sociedad acapitalista"; las instituciones del capitalismo sobrevivirán, aunque algunas, por ejemplo los bancos, representen un papel bastante diferente; pero el centro de gravedad en la sociedad poscapitalista, su estructura, su dinámica social y económica, sus clases y sus problemas sociales serán diferentes de aquellos que dominaron los últimos doscientos cincuenta años y definieron las cuestiones alrededor de las cuales cristalizaron partidos políticos, grupos sociales, sistemas de valores sociales y compromisos personales y políticos.

El recurso económico básico, el "medio de producción", para utilizar el término de los economistas, ya no es el capital ni los recursos naturales (el "suelo" de los economistas) ni la "mano de obra". *Es y será el saber*. Las actividades principales en la creación de riqueza no serán ni la asignación de capital para usos productivos, ni la "mano de obra", los dos polos de la teoría económica en los siglos XIX y XX, fuera ésta clásica, marxista, keynesiana o neoclásica; ahora el valor se crea mediante la "productividad" y la "innovación", ambas aplicaciones del saber al trabajo. Los grupos sociales dirigentes de la sociedad del saber serán los "trabajadores del saber", ejecutivos que saben cómo aplicar el saber a un uso productivo, al igual que los capitalistas sabían aplicar capital a un uso productivo: profesionales del saber, empleados del saber. Prácticamente toda esta gente del saber estará empleada en organizaciones; no obstante, y a diferencia de los empleados bajo el capitalismo, ellos son dueños tanto de los "medios de producción" como de los "útiles de producción"; de los primeros, a través de sus fondos de pensiones, que se van afirmando rápidamente en todos los países desarrollados como únicos propietarios reales; de los segundos, porque los trabajadores del saber poseen su saber y pueden llevárselo con ellos adondequiera que vayan. Por lo tanto, el desafío económico de la sociedad poscapitalista será la productividad del trabajo del saber y del

trabajador del saber. No obstante, el reto social en la sociedad capitalista será la dignidad de la segunda clase de esa sociedad: los trabajadores de los servicios. Éstos, por regla general, carecen de la educación necesaria para ser trabajadores del saber y en cualquier país, inclusive el más avanzado, constituirán una mayoría.

La sociedad poscapitalista estará dividida por una nueva dicotomía de valores y de percepciones estéticas. No serán las “dos culturas”, la literaria y la científica, sobre las que en 1959 escribió el inglés C.P. Snow (1905-1980) —novelista, científico y administrador del gobierno— en su libro *The Two Cultures and the Scientific Revolution*, aunque esa división es harto real. La dicotomía estará entre “intelectuales” y “gestores”; los primeros ocupándose de palabras e ideas; los segundos, de personas y trabajo. Superar esta dicotomía y alcanzar una nueva síntesis será un reto filosófico y educacional de la mayor importancia en la sociedad poscapitalista.

### ¿Superando al Estado-nación?

El final de los ochenta y los principios de los noventa señalaron también el final de otra era, de otro *tipo de historia*. Si la caída del Muro de Berlín en 1989 fue el acontecimiento culminante y simbolizó la caída del marxismo y el comunismo, la coalición trasnacional contra la invasión de Kuwait por Irak en febrero de 1991 fue el hecho culminante que señaló el final de cuatrocientos años de historia durante los cuales el Estado-nación soberano era el principal y a menudo único actor en el escenario político. Los historiadores futuros seguramente clasificarán el mes de febrero de 1991 entre las “grandes fechas”; no hay precedentes de acciones trasnacionales de esta clase. Nunca antes las naciones, sin disensiones de importancia (es más, casi sin ninguna disensión), habían puesto el interés conjunto de la comunidad mundial en la represión del terrorismo por encima de sus sentimientos nacionales y, en muchos casos, por encima inclusive de sus intereses nacionales. No hay precedente alguno para la casi universal comprensión de que el terrorismo no es

una cuestión de “política” que deba dejarse a cada gobierno nacional, sino que exige una acción no nacional sino transnacional.

Existe el amplio convencimiento, especialmente entre los liberales de Estados Unidos, de que la guerra contra Irak se hizo para proteger el suministro de petróleo a Occidente; nada puede estar más lejos de la verdad. El control por Irak de los pozos de petróleo de Kuwait —y de los de Arabia Saudí, además— hubiera sido de muchísimo interés desde el punto de vista económico para Occidente. Hubiera significado *petróleo mucho más barato* ya que, mientras Kuwait y Arabia Saudí casi no tienen población nativa y, por lo tanto, tampoco tienen una necesidad urgente de los ingresos derivados del petróleo, Irak está superpoblado y, si exceptuamos el petróleo, carece casi por completo de recursos naturales. En consecuencia, necesita vender todo el petróleo que pueda, mientras que Kuwait y Arabia Saudí están principalmente interesados en mantener altos los precios, lo cual significa mantener baja la producción. Esto explica el fuerte apoyo prestado al régimen de Saddam Hussein por Estados Unidos antes de la guerra Irak-Irán y es la razón por la cual continuó apoyándolo hasta el momento mismo en que Saddam atacó Kuwait en un acto abierto de terrorismo, y explica también, me parece, por qué Saddam erró en sus cálculos; debía de estar convencido de que Estados Unidos permitiría que su flagrante agresión quedara impune para asegurarse así el bajo precio del petróleo. Todas las personas que conozco en importantes empresas petrolíferas estaban seguras, cuando Irak invadió Kuwait, de que el gobierno de Estados Unidos no haría nada más que unos cuantos gestos de desaprobación.

En los cuatrocientos años transcurridos desde que el político y abogado francés Jean Bodin (1530-1596) la inventara en 1576, en su libro *Six livres de la Republique*, el Estadonación se había convertido en el único órgano de poder político, interior y exterior, y a partir de la Revolución Francesa, esto es, en los últimos doscientos años, se ha convertido además en portador de la religión secular, de la fe en la salvación por la sociedad. De hecho, el totalitarismo, tanto comunista como nazi, fue la quintaesencia y apoteosis de la doc-

trina del Estado-nación soberano como único y exclusivo órgano de poder. La teoría política y la legislación constitucional siguen reconociendo sólo al Estado soberano, que en los últimos cien años se ha ido haciendo más y más poderoso y dominante; se ha trasmutado en el "megaestado"; es la única estructura política que comprendemos, con la cual estamos familiarizados y que sabemos construir con elementos estandarizados y prefabricados: un ejecutivo, una legislatura, tribunales, un servicio diplomático, ejércitos nacionales, etcétera. Cada uno de los casi doscientos nuevos países surgidos de los antiguos imperios coloniales desde el final de la Segunda Guerra Mundial se ha establecido como Estado-nación soberano, y en esto cada una de las diversas partes del último imperio colonial, el soviético, aspira a convertirse.

Y, pese a ello, durante cuarenta años, es decir, desde el final de la Segunda Guerra Mundial, el Estado-nación soberano ha ido perdiendo sin cesar su posición como *único* órgano de poder; en el interior, los países desarrollados están deviniendo rápidamente sociedades de organizaciones; en el exterior, algunas funciones gubernamentales se han convertido en transnacionales, otras en regionales, por ejemplo en la Comunidad Económica Europea, y otras se están tribalizando.

El Estado-nación no va a "marchitarse y morir"; puede seguir siendo el órgano político más poderoso que exista durante mucho tiempo, pero ya no será indispensable; cada vez más irá compartiendo el poder con otros órganos, otras instituciones, otros artífices políticos. ¿Qué va a quedar del dominio del Estado-nación? ¿Qué será realizado por instituciones autónomas dentro del Estado? ¿Qué va a ser "supranacional"? ¿Qué será "transnacional"? ¿Qué será "independiente y local"? Éstas serán cuestiones políticas básicas en las décadas venideras; en lo específico el resultado es bastante impredecible. Sin embargo, el orden político tendrá un aspecto diferente del que ha existido durante los pasados siglos, en el cual los participantes eran distintos en tamaño, riqueza, organización constitucional y credo político pero uniformes en cuanto Estados-nación, cada

uno soberano dentro de su territorio y cada uno definido por su territorio. Nos estamos desplazando, de hecho ya nos hemos desplazado, a una *forma de gobierno poscapitalista*.

El último de los que podríamos llamar filósofos "premodernos", Gottfried Leibnitz (1646-1716), dedicó buena parte de su vida a un vano intento por restablecer la unidad de la cristiandad. Sus motivos no eran el miedo a las guerras religiosas entre católicos y protestantes o entre diferentes sectas protestantes, ese peligro ya había pasado cuando nació Leibnitz; lo que temía era que, sin una creencia común en un Dios sobrenatural, surgieran religiones seculares, y estaba convencido de que una religión secular, casi por definición, tendría que ser una tiranía y oprimiría la libertad de las personas. Un siglo más tarde, Jean-Jacques Rousseau confirmaba los temores de Leibnitz; Rousseau afirmaba que la *sociedad* podía y debía controlar al ser humano individual; podía y debía crear a un "nuevo Adán"; podía y debía crear la perfección humana universal; pero también podía y debía subordinar al individuo a la impersonal, suprapersonal *volonté générale* (la voluntad general), lo que los marxistas llamarían más tarde las "leyes objetivas de la historia". A partir de la Revolución Francesa, la salvación por la sociedad se convirtió gradualmente en el credo dominante, primero en Occidente y, después de la Segunda Guerra Mundial, en todo el mundo. Por mucho que pretenda ser "antirreligiosa", es una fe religiosa; los medios, claro está, son no-espirituales: prohibir el alcohol, matar a todos los judíos, el psicoanálisis universal, la abolición de la propiedad privada... No obstante, la meta es religiosa: establecer el reino de Dios en la tierra mediante la creación del "nuevo hombre".

Durante más de cien años el credo secular más poderoso y extendido que prometía la salvación por medio de la sociedad fue el marxismo; en la promesa religiosa del marxismo, más que en su intrínseca ideología y en su cada vez más disparatada economía política, residió su tremendo atractivo, especialmente para los intelectuales. Había muchas razones para que los judíos del Este, por ejemplo, aceptaran una ideología que prometía poner fin a su persecución y